

*Aníbal acampa en Gerunio. – Ventajas de Minucio sobre Aníbal.*

Informado Aníbal por sus batidores (aquí fue donde interrumpimos el hilo de la historia) de que en los alrededores de Luceria y Gerunio existía mucha abundancia de granos y que esta última plaza era acomodada para almacenes, tomó la resolución de pasar allí el invierno y, costeando el monte Liburno, condujo su ejército a las mencionadas ciudades. Apenas llegó a Gerunio, plaza distante de Luceria doscientos estadios, procuró atraer a su amistad a los habitantes por el agrado, y aun les dio testimonios de sus promesas. Mas despreciadas sus instancias, emprendió poner sitio a la ciudad. Apoderado de ella prontamente, pasó a cuchillo los moradores, pero dejó intactas la mayor parte de las casas y los muros, con el fin de servirse de ellas para trojes durante el invierno. Hizo acampar al ejército frente a la plaza y fortificó su campo con foso y trinchera. Desde aquí enviaba los dos tercios de su ejército a la recolección de granos, con orden a cada uno de los que se hallaban encargados de esta labor de traer una cierta medida para los de su propia compañía. Él con la tercera parte guardaba el campamento y cubría desde varios puestos a los forrajeadores. Como el país era generalmente llano y descampado, el número de forrajeadores casi infinito y la estación muy oportuna para el acarreo, era innumerable la cantidad de granos que al día acumulaban.

Entre tanto Minucio conducía de cerro en cerro las legiones que había recibido de Fabio, persuadido siempre de que el tiempo le presentaría ocasión de venir a las manos con los cartagineses. Pero oyendo que éstos ya habían tomado Gerunio, que forrajaban la campiña y que se hallaban atrincherados delante de la ciudad, dejó las cumbres y descendió por la ladera al llano. Llegado a una colina que está en el país de los larinatos, llamada *Calena*, se acampó en sus alrededores, resuelto de todos modos a batirse con el enemigo. Apenas advirtió Aníbal la aproximación de los romanos, dejó salir al forraje un tercio de su ejército, y él con los dos restantes se dirige al enemigo y se atrinchera en un collado distante dieciséis estadios de la ciudad, con el propósito a un tiempo de aterrar a los contrarios y poner a cubierto a sus forrajeadores. En el transcurso de la noche destacó dos mil lanceros para ocupar una cima ventajosa de un cerro que mediaba entre los dos campos y dominaba de cerca el de los romanos. A la vista de esto, Minucio, llegado el día, envió su infantería ligera a atacar el cerro. Después de una obstinada refriega, los romanos por fin se apoderaron del puesto y trasladaron allí todo el campamento. Aníbal hasta cierto tiempo retuvo consigo la mayor parte del ejército, por estar al frente uno y otro campo. Pero viendo que pasaban muchos días, se vio en la necesidad de destacar a unos para el apacentamiento de los ganados y separar a otros para el forraje, cuidadoso según su primer proyecto de no consumir el botín y hacer los mayores acopios de granos, a fin de que durante el invierno reinase la abundancia, tanto en hombres como en bestias y caballos, pues fundaba en éstos las principales esperanzas de su ejército.

Para entonces Minucio, habiendo advertido que la mayor parte de los enemigos se hallaba esparcida por la campiña en las ocupaciones antes mencionadas,

sacó su ejército a la hora del día que le pareció más oportuna, se aproximó al campamento de los cartagineses, formó en batalla a los pesadamente armados y, distribuida en piquetes la caballería e infantería ligera, la envió contra los forrajeadores, con orden de no dar cuartel a ninguno. Este accidente colocó a Aníbal en el mayor embarazo, pues ni se hallaba en estado de contrarrestar a los que tenía al frente, ni dar socorro a los dispersos por la campiña. Los romanos que salieron contra los forrajeadores dieron muerte a muchos de los desmandados; de los que quedaron formados en batalla llegó a tal extremo la insolencia, que arrancaron la empalizada y por poco no sitiaron a los cartagineses. Aníbal, mientras, lo pasaba malamente; pero en medio de este contratiempo permanecía firme, ya rechazando a los que se acercaban, ya defendiendo su campamento aunque con trabajo, hasta que acudió al socorro Asdrúbal con cuatro mil de los que se habían refugiado al campo inmediato a Gerunio. Entonces, recobrado algún tanto, sale contra los romanos, se forma en batalla a corta distancia del campo y evita, aunque con trabajo, el peligro que le amenazaba. Minucio, después de haber muerto un gran número de enemigos en la refriega del campamento y haber pasado a cuchillo muchos más en la campiña, se retiró lleno de bellas esperanzas para el futuro. Al día siguiente los cartagineses abandonaron las trincheras, y el general romano marchó allá y ocupó su campamento. Pues Aníbal, temeroso de que los romanos no se apoderasen por la noche del campo de Gerunio, a la sazón indefenso, y se hiciesen dueños del tren y acopios de municiones, decidió abandonar éste y volverse otra vez a acampar en aquella parte. De aquí adelante los cartagineses fueron más cautos y reservados en los forrajes, y los romanos, por el contrario, más osados y animosos.